

The book cover features a dark, textured background with several vibrant red leaves scattered across it. A sword with an ornate, golden hilt and a scabbard is positioned diagonally from the top left towards the bottom right. An arrow with a wooden shaft and three white feathers is positioned diagonally from the top right towards the bottom left, crossing the sword. The title 'DE SANGRE Y CENIZAS' is written in a large, white, serif font, centered over the image. The author's name 'JENNIFER L. ARMENTROUT' is at the bottom in a smaller, white, serif font.

DE
SANGRE
Y
CENIZAS

JENNIFER L.
ARMENTROUT

Una Doncella.

Elegida desde su nacimiento para dar comienzo a una nueva era, la vida de Poppy nunca le ha pertenecido. La vida de la Doncella es solitaria. Jamás la tocarán. Jamás la mirarán. Jamás le hablarán. Jamás sentirá placer. Mientras espera al día de su Ascensión, preferiría estar con los guardias luchando contra el mal que se llevó a su familia que preparándose para que los dioses la encuentren lo bastante digna. Pero la elección nunca ha sido suya.

Un deber.

El futuro del reino entero recae sobre los hombros de Poppy, algo que ni siquiera está demasiado segura de querer para ella. Porque una Doncella tiene corazón. Y alma. Y deseo. Y cuando Hawke, un guardia de ojos dorados que ha jurado asegurar su Ascensión, entra en su vida, el destino y el deber se entremezclan con el deseo y la necesidad. Él incita su ira, hace que se cuestione todo aquello en lo que cree y la tienta con lo prohibido.

Un reino.

Abandonado por los dioses y temido por los mortales, un reino caído está surgiendo de nuevo, decidido a recuperar lo que cree que es suyo mediante la violencia y la venganza. Y a medida que la sombra de los malditos se acerca, la línea entre lo prohibido y lo correcto se difumina. Poppy no solo está a punto de perder el corazón y ser considerada indigna por los dioses, sino que también está a punto de perder la vida cuando los ensangrentados hilos que mantienen unido su mundo empiezan a deshilacharse.

A ti, lector.

Capítulo 1

—Encontraron a Finley al anochecer, justo en el límite del Bosque de Sangre, muerto.

Levanté la vista de mis cartas y miré al otro lado del tablero carmesí, a los tres hombres sentados a la mesa. Había escogido ese sitio por una razón. No había... sentido nada procedente de ellos al deambular entre las atestadas mesas hacía un rato.

Ningún dolor, ni físico ni emocional.

Por lo general, no husmeaba en el interior de nadie para ver si sentía dolor. Hacerlo sin razón me parecía increíblemente invasivo, pero cuando había mucha gente era más difícil controlar la cantidad de cosas que me permitía sentir. Siempre había alguien cuyo dolor era tan profundo, tan crudo, que su aflicción se convertía en una entidad palpable a la que ni siquiera tenía que abrir mis sentidos para percibirla, una entidad que no era capaz de ignorar y de la que no podía alejarme así sin más. Esas personas proyectaban su agonía al mundo que las rodeaba.

Tenía prohibido hacer nada excepto ignorarlas. No podía hablar del don que me habían otorgado los dioses, y nunca, jamás, podía ir más allá de sentir para hacer algo al respecto.

Aunque tampoco es que siempre hiciese lo que se esperaba de mí.

Obviamente.

Pero a estos hombres los noté bien cuando estiré mis sentidos hacia ellos para evitar a personas que sufrieran

mucho dolor, lo cual era sorprendente, dado a lo que se dedicaban. Eran guardias del Adarve, el gigantesco muro construido con la piedra caliza y el hierro extraídos de las minas de los Picos Elysium. El Adarve rodeaba toda Masadonia desde que la Guerra de los Dos Reyes acabara hacía cuatro siglos, y cada ciudad del reino de Solis estaba protegida por uno. Versiones más pequeñas rodeaban pueblos y cuarteles, comunidades granjeras y otras poblaciones poco habitadas.

Lo que los guardias veían casi a diario, lo que tenían que hacer, a menudo los dejaba afligidos, ya fuese por heridas físicas o por otras más profundas que piel desgarrada y huesos magullados.

Esta noche no solo no cargaban con dolor, sino tampoco con sus armaduras y uniformes, en cuyo lugar llevaban camisetas holgadas y ceñidos pantalones de ante. Aun así, lo supe. Incluso fuera de servicio, estaban atentos a cualquier señal de la temida neblina y el horror que venía con ella; atentos a cualquiera que actuase en contra del futuro del reino. E iban armados hasta los dientes.

Igual que yo.

Escondida bajo los pliegues de la capa y el fino vestido que llevaba debajo, ocultaba una daga, cuyo frío mango jamás terminaba de calentarse contra la piel de mi muslo. Me la habían regalado el día que cumplí dieciséis años y, aunque no era la única arma que había adquirido, ni la más letal, era mi favorita. El mango estaba fabricado con los huesos de un lobuno, o *wolven*, una criatura hace largo tiempo extinguida que no había sido ni hombre ni bestia, sino ambas cosas. La hoja era de piedra de sangre, o heliotropo, pulida hasta darle un filo letal.

Puede que una vez más estuviese en proceso de hacer algo increíblemente imprudente, inapropiado y prohibido por completo, pero no era tan tonta como para entrar en un sitio como la Perla Roja sin protección, sin la destreza

para emplearla, y sin los medios para agarrar esa arma y esa destreza y utilizarlas sin vacilar.

—¿Muerto? —añadió otro de los guardias, uno más joven de pelo castaño y rostro barbilampiño. Creí recordar que se llamaba Airrick y no podía tener muchos más que mis dieciocho años—. No solo estaba muerto. No le quedaba ni una gota de sangre, en su cuerpo masticado como si lo hubiesen atacado unos perros salvajes y luego lo hubiesen hecho pedazos.

Empecé a ver las cartas borrosas mientras pequeñas bolas de hielo se formaban en la boca de mi estómago. Los perros salvajes no hacían eso. Por no mencionar que no había perros salvajes cerca del Bosque de Sangre, el único lugar del mundo en el que los árboles sangraban y dejaban la corteza y las hojas teñidas de un oscuro carmesí. Había rumores de la existencia de otros animales: roedores carroñeros de un tamaño extraordinario que se alimentaban de los cadáveres de quienes se demoraban demasiado tiempo en el bosque.

—Y ya sabéis lo que significa eso —continuó Airrick—. Deben de estar cerca. Un ataque será...

—No estoy seguro de que esta sea la conversación más adecuada ahora mismo —lo interrumpió otro guardia. Ese sabía quién era. Phillips Rathi. Llevaba años en el Adarve, cosa que era casi inaudita. Los guardias no tenían una esperanza de vida demasiado larga. El hombre hizo un gesto hacia mí—. Estás en presencia de una dama.

¿Una dama?

Solo a las Ascendidas las llamaban Damas, aunque yo tampoco era una persona que nadie, sobre todo los presentes en ese edificio, esperarían encontrar en la Perla Roja. Si me descubrían, estaría... bueno, metida en un lío más grande de lo que hubiese estado jamás y tendría que enfrentarme a una severa reprimenda.

El tipo de castigo que a Dorian Teerman, el duque de Masadonia, le encantaría impartir. Y durante el cual, por

supuesto, a su mano derecha, lord Brandole Mazeen, le encantaría estar presente.

La ansiedad bulló en mi interior mientras miraba al guardia de piel oscura. No había forma humana de que Phillips pudiese saber quién era yo. La mitad superior de mi rostro estaba oculta tras el antifaz blanco que había encontrado tirado en los Jardines de la Reina hacía una eternidad, y llevaba una anodina capa azul turquesa que había, uhm, *tomado prestada* de Britta, una de las muchas sirvientas del castillo a la que había oído hablar de la Perla Roja. Con suerte, Britta no descubriría que le había desaparecido el sobretodo hasta que se lo devolviera a la mañana siguiente.

En cualquier caso, incluso sin la máscara, podía contar con los dedos de la mano las personas que habían visto mi cara en Masadonia, y ninguna estaría aquí esta noche.

Como la Doncella, la Elegida, un velo solía cubrir mi rostro y mi pelo en todo momento, excepto mis labios y la mandíbula inferior.

Dudaba mucho de que Phillips pudiera reconocerme solo por esos rasgos y, si lo hubiese hecho, ninguno de ellos seguiría sentado a esta mesa. Y yo estaría en proceso de ser arrastrada (eso sí, con suavidad), de vuelta con mis guardianes, el duque y la duquesa de Masadonia.

No había nada que temer.

Forcé a los músculos de mis hombros y cuello a relajarse y sonreí.

—No soy ninguna dama. Sois más que bienvenidos a hablar de lo que queráis.

—Sea como fuere, un tema un poco menos morboso sería de agradecer —repuso Phillips, mientras lanzaba una mirada cargada de significado en dirección a los otros dos guardias.

Airrick levantó los ojos hacia los míos.

—Mis disculpas.

—Disculpas no necesarias pero aceptadas.

El tercer guardia bajó la barbilla, miró sus cartas con fingida atención y repitió la disculpa. Se había sonrojado, algo que encontré adorable. Los guardias que trabajaban en el Adarve tenían que superar un entrenamiento atroz y eran diestros en todo tipo de armas y en el combate cuerpo a cuerpo. Ninguno de los que sobrevivían a su primera misión fuera del Adarve regresaba sin haber derramado sangre y sin haber visto la muerte.

Y, aun así, este hombre se sonrojaba.

Me aclaré la garganta. Tenía ganas de preguntar más acerca de ese Finley. Quién era, si era un guardia del Adarve o un cazador, una división del ejército que se encargaba de las comunicaciones entre las ciudades y escoltaba a viajeros y mercancías. Pasaban medio año fuera de la protección del Adarve. Era, de lejos, uno de los trabajos más peligrosos del mundo, así que nunca viajaban solos. Algunos no regresaban jamás.

Por desgracia, unos cuantos de los que sí lo hacían, volvían cambiados. Regresaban con una muerte inminente y salvaje pisándoles los talones.

Malditos.

En cualquier caso, estaba claro que Phillips silenciaría cualquier intento de seguir con aquella conversación, así que no di voz a ninguna de las preguntas que bailaban sobre la punta de mi lengua. Si otras personas habían estado con Finley y habían resultado heridas por lo que seguramente lo había matado a él, lo acabaría averiguando de una manera u otra.

Solo esperaba que no fuese entre gritos de terror.

Las personas de Masadonia no tenían una idea exacta de cuántos regresaban de fuera del Adarve malditos. Solo veían a unos cuantos aquí y otros cuantos allá; no la realidad. Si lo supiesen, el pánico y el miedo se apoderarían de una población que no tenía ni noción del horror que acechaba fuera de los muros de la ciudad.

No como la teníamos mi hermano Ian y yo.

Por eso, cuando la conversación de la mesa pasó a temas más mundanos, tuve que hacer un esfuerzo por que el hielo que atenazaba mis entrañas se fuese derritiendo. Se perdían y arrebataban innumerables vidas en el empeño de mantener a salvo a todos los que estaban dentro del Adarve, pero ese empeño estaba fracasando, llevaba tiempo fracasando. Y no solo ahí, sino por todo el reino de Solis.

La muerte...

La muerte *siempre* encontraba una manera de entrar.

Para, me ordené cuando la sensación de malestar general amenazó con rebosar. Hoy no se trataba de todas las cosas que sabía y que probablemente no debiera. Hoy se trataba de vivir, de... no pasar toda la noche despierta, incapaz de dormir, sola y con la sensación... la sensación de no tener ningún control, de no... no tener ni idea de quién era aparte de *lo* que era.

Me repartieron otra mano de cartas espantosas, y había jugado lo suficiente a las cartas con Ian como para saber que no había forma de hacer nada con ellas. Cuando anuncié que lo dejaba, me levanté y los guardias asintieron y me desearon buenas noches uno a uno.

Caminé entre las mesas, agarré la copa de champán que me ofrecía un camarero con una mano enguantada e intenté recuperar la sensación de emoción que había corrido por mis venas mientras recorría las calles más temprano aquella noche.

Me quedé a un lado mientras observaba la sala, pendiente de mantener mis sentidos a buen recaudo. Incluso sin contar a los que lograban proyectar su angustia al aire a su alrededor, no necesitaba tocar a una persona para saber si sentía dolor. Solo tenía que mirarla y concentrarme. No era que cambiara su aspecto si sufría algún tipo de dolor, su apariencia tampoco cambiaba cuando me concentraba en ella. Era solo que *sentía* su aflicción.

El dolor físico era casi siempre caliente, pero ¿el que no podía verse?

Ese casi siempre era frío.

Unos silbidos y gritos obscenos me sacaron de mi ensimismamiento. Una mujer de rojo estaba sentada sobre el borde de una mesa, al lado de la que yo acababa de abandonar. Llevaba un vestido hecho de retales de gasa y raso rojos que apenas le cubría los muslos. Uno de los hombres agarró la tela de la vaporosa faldita.

La mujer apartó su mano con una sonrisa lasciva, se tumbó sobre la espalda y su cuerpo formó una curva sensual. Sus abundantes rizos rubios se derramaron sobre monedas y fichas olvidadas.

—¿Quién quiere ganarme esta noche? —Su voz sonó grave y voluptuosa mientras deslizaba las manos por la cintura del elaborado corsé—. Os aseguro, chicos, que duraré más que cualquier olla de oro.

—¿Y qué pasa si hay un empate? —preguntó uno de los hombres. El elegante corte de su abrigo sugería que era un comerciante próspero o un hombre de negocios de algún tipo.

—Entonces, será una noche mucho más entretenida para mí —dijo, mientras deslizaba una mano por su estómago y la bajaba aún más, entre sus...

Con las mejillas arreboladas, aparté la mirada a toda prisa para beber un sorbito del burbujeante champán. Mis ojos encontraron el camino hasta el deslumbrante brillo de una lámpara de araña de un dorado rosáceo. A la Perla Roja debía de irle bien y sus propietarios debían de estar bien relacionados. La electricidad era cara y estaba muy controlada por la Corte Real. Hizo que me preguntara quiénes eran algunos de sus clientes para que pudiesen permitirse semejante lujo.

Debajo de la lámpara de araña, se jugaba otra partida de cartas. Ahí también había mujeres, su pelo recogido en elaborados peinados decorados con brillantes cristales, su

ropa mucho menos provocativa que la de las mujeres que trabajaban en el lugar. Sus vestidos eran de vibrantes colores morados y amarillos, de tonos pastel azul y lila.

A mí solo se me permitía vestir de blanco, tanto en mi habitación como en público, lo cual no era frecuente. Por ello, me sentía fascinada por la manera en que los distintos colores complementaban la piel o el pelo de sus propietarias. Pensé que debía de parecer un fantasma la mayoría de los días, cuando deambulaba de blanco por los pasillos del castillo de Teerman.

Estas mujeres también llevaban antifaces que cubrían la mitad de sus rostros y protegían sus identidades. Me pregunté quiénes serían algunas de ellas. ¿Esposas osadas a las que habían dejado solas por enésima vez? ¿Mujeres jóvenes que aún no se habían casado, o viudas quizás? ¿Sirvientas o mujeres que trabajaban en la ciudad y habían salido a divertirse? ¿Habría damas y lores en espera entre las mujeres enmascaradas de la mesa y entre la muchedumbre? ¿Habrían ido ahí por las mismas razones que yo?

¿Aburrimiento? ¿Curiosidad?

¿Soledad?

Si era así, entonces se parecían más a mí de lo que creía, aunque fuesen segundos hijos e hijas, entregados a la Corte Real en su trece cumpleaños, durante el Rito anual. Y yo... yo era Penellaphe del castillo de Teerman, pariente de los Balfour y la favorita de la reina.

Yo era *la* Doncella.

La Elegida.

Y en poco menos de un año, en mi cumpleaños número diecinueve, Ascendería, como harían todas las damas y lores en espera. Nuestra Ascensión sería diferente, pero sería la mayor desde la primera Bendición de los dioses, que tuvo lugar después del final de la Guerra de los Dos Reyes.

A ellos no les pasaría gran cosa si los pillaban, pero a mí... tendría que enfrentarme al disgusto del duque. Apreté los labios en una fina línea cuando una semilla de ira echó raíces en mi interior, mezclada con una pegajosa reminiscencia de asco y vergüenza.

El duque era un ser pestilente de manos demasiado largas que tenía una afición antinatural al castigo.

Pero no estaba dispuesta a pensar en él. Ni a preocuparme por ser castigada. Bien podía regresar a mis habitaciones si iba a hacer eso.

Hice un esfuerzo por apartar la mirada de la mesa y me fijé en que había mujeres que sonreían y reían en la Perla sin esconderse detrás de antifaces, sin ocultar su identidad. Estaban sentadas en mesas con guardias y hombres de negocios, o de pie en recovecos oscuros, donde charlaban con mujeres enmascaradas, con hombres y también con empleadas de la Perla Roja. No tenían miedo ni vergüenza de que las vieran.

Fuesen quienes fueren, gozaban de una libertad que yo deseaba con todas mis fuerzas.

Una independencia que perseguía esta noche, puesto que enmascarada y desconocida, nadie excepto los dioses sabrían que estaba ahí. Y por lo que a los dioses respectaba, hacía mucho tiempo que había llegado a la conclusión de que tenían cosas mucho mejores que hacer que malgastar su tiempo vigilándome a mí. Después de todo, si me hubiesen prestado atención, ya me habrían regañado por muchas cosas que había hecho hasta entonces y me estaban prohibidas.

Así que, esta noche, podía ser *quien quisiera*.

La libertad inherente a esa idea me causaba una sensación mucho más embriagadora de lo que hubiera imaginado. Incluso más que las semillas verdes de amapola proporcionadas por los que las fumaban.

Esta noche, no era la Doncella. No era Penellaphe. Era solo Poppy, un apodo que recordaba que mi madre había

usado, uno que solo mi hermano Ian y muy pocos más usaban jamás.

Como Poppy, no había reglas estrictas que respetar, ni expectativas que cumplir, ninguna futura Ascensión que se acercara más deprisa de lo que querría. No había miedo, ni pasado, ni futuro. Esta noche, podía vivir un poco, unas cuantas horas incluso, y acumular tanta experiencia como pudiera antes de que me devolvieran a la capital, a la reina.

Antes de que me entregaran a los dioses.

Un escalofrío recorrió de puntillas mi columna; incertidumbre, acompañada de una punzada de desolación. Lo reprimí todo con decisión, pues me negaba a darle alas. Darle vueltas a lo que estaba por venir, y no podía cambiarse, no servía de nada.

Además, Ian había Ascendido hacía dos años y, por lo que decía en las cartas mensuales que recibía de él, no había cambiado. La única diferencia era que, en lugar de contarme historias con su voz, lo hacía con palabras en cada carta. El mes pasado mismo había escrito acerca de dos hermanos, niño y niña, que habían bajado nadando hasta el fondo del mar Stroud y se habían hecho amigos de los seres acuáticos.

Sonreí mientras me llevaba la copa de champán a los labios; no tenía ni idea de dónde sacaba esas historias. Por lo que sabía, era imposible nadar hasta el fondo del mar Stroud y no existía tal cosa como los seres acuáticos.

Poco después de su Ascensión y por orden del rey y la reina, se había casado con *lady* Claudeya.

Ian no hablaba nunca de su esposa.

¿Acaso no era feliz en su matrimonio? La curva de mis labios se difuminó y bajé la vista hacia mi chisporroteante bebida rosácea. No estaba segura, pero apenas se habían visto antes de casarse. ¿Cómo podía ser tiempo suficiente para conocerse cuando lo más probable era que pasaras el resto de tu vida con una persona?

Y los Ascendidos vivían mucho, mucho tiempo.

Todavía se me hacía raro pensar en Ian como en un Ascendido. No era un segundo hijo, pero como yo era la Doncella, la reina les había pedido a los dioses que hiciesen una excepción en el orden natural y ellos le habían permitido Ascender. Yo no tendría que hacer frente a lo mismo que Ian, a un matrimonio con un extraño, con otro Ascendido, uno que seguro que codiciaba la belleza por encima de cualquier otra cosa, porque el atractivo era considerado algo divino.

Y aunque era la Doncella, la Elegida, a mí jamás se me consideraría divina. Según el duque, yo no era bella.

Era una *tragedia*.

Sin darme cuenta de ello, mis dedos rozaron el raspo encaje del lado izquierdo del antifaz. Aparté la mano con brusquedad.

Un hombre al que reconocí como un guardia se levantó de una mesa y se giró hacia una mujer que llevaba un antifaz blanco como el mío. Alargó una mano hacia ella y le dijo unas palabras en voz demasiado baja como para que yo pudiera oírlas, pero ella contestó con un gesto afirmativo y una sonrisa antes de poner su mano sobre la del hombre. Se levantó y la falda de su vestido de tono lila cayó como líquido en torno a sus piernas, mientras el guardia la guiaba fuera de la sala hacia las dos únicas puertas accesibles para invitados, una en cada extremo de unas salas interconectadas. La de la derecha conducía al exterior. La puerta de la izquierda llevaba al piso de arriba, a habitaciones más privadas en las que Britta había dicho que ocurrían todo tipo de cosas.

El guardia condujo a la mujer enmascarada hacia la izquierda.

Él había preguntado. Ella había dicho que sí. Fuese lo que fuese lo que hicieran arriba, sería bienvenido y elegido por ambos, independientemente de si duraba unas horas o toda la vida.

Mis ojos se demoraron en la puerta mucho rato después de que se hubiera cerrado. ¿Acaso era por lo que realmente había ido ahí esa noche? ¿Para... para experimentar placer con alguien de mi propia elección?

Podría hacerlo si quisiera. Había oído conversaciones entre las damas de compañía, de las que no se esperaba que permanecieran intactas. Según ellas, había... muchas cosas que una mujer podía hacer para sentir placer mientras conservaba su pureza.

¿Pureza?

Odiaba esa palabra, el significado que se ocultaba tras ella. Como si mi virginidad determinara mi bondad, mi inocencia. Como si su presencia o falta de presencia fuera de algún modo más importante que los centenares de elecciones que hacía cada día.

Había incluso una parte de mí que se preguntaba qué harían los dioses si acudiese a ellos sin ser ya una doncella en realidad. ¿Harían caso omiso de todo lo demás que hacía o no hacía solo porque ya no era virgen?

No estaba segura, pero esperaba que no fuese así. No porque tuviese pensado tener sexo ahora mismo, o la semana que viene o... en algún momento, sino porque quería tener la posibilidad de tomar esa decisión por mí misma.

Aunque... no estaba muy segura de cómo podría encontrarme en una situación en la que esa opción surgiera jamás. En cualquier caso, suponía que en la Perla Roja habría algún voluntario que querría hacer las cosas que había oído comentar a las damas en espera.

Un revoloteo nervioso palpitó en mi pecho mientras me forzaba a beber otro sorbito de champán. Las burbujas dulces me hicieron cosquillas en la parte de atrás de la garganta, lo que alivió parte de la repentina sequedad que sentía en la boca.

A decir verdad, lo de esa noche había sido una decisión impulsiva. La mayoría de las noches no lograba conci-